

“Muerte de un becario” por David Villar Cembellin

No tiene contrato ni recibe ningún tipo de remuneración. A efectos legales, no existe. Sin embargo, ha caído desplomado. Unos dicen que se ha desmayado junto a la máquina de fotocopias, otros que delante del ordenador. Pero una persona se ha desvanecido esta mañana en la oficina. El alboroto es mayúsculo.

—¿Quién era?

—¿Qué ha pasado?

—¿Cómo se llamaba?

—El becario.

El becario, dicen. Nadie se ha aprendido su nombre. No vale la pena denominar lo transitorio, bautizar aquello que no está destinado a tener un carácter permanente. Registrar el nombre de una persona implica conferirle una dimensión humana, regalarle una identidad privativa de la que el becario carece. **El becario no tiene futuro, es una sombra fugaz destinada a durar uno, dos, tres meses. Un fosfeno anónimo. Una dolencia pasajera.**

—¿Estaba enfermo?

—¿Se ha golpeado?

—¿Quién es?

—El becario.

Alguien eleva los brazos del becario e intenta realizar la reanimación cardiopulmonar, pero su RCP es torpe, desacompasada, un remedo de rescate. Como si en ese instante la oficina entera aguantase la respiración, la escena parece cubierta por una pátina sucia. Los dientes de los curiosos emiten crujidos de impaciencia, algunas secretarias se acarician los párpados, un contable se persigna.

—A mí me traía café.

—Yo le mandaba archivar formularios.

—Parecía buen chico.

—El becario.

Comienzan a hablar de él en pasado. Acostado sobre el suelo, la frente fría y los labios violáceos, el becario no abre los ojos ni responde a ningún estímulo. Algunos destacan su docilidad, su disposición a realizar las tareas más ingratas, es prerrogativa del becario cargar con aquellas labores aburridas que nadie más quiere hacer. Tenía un gesto triste, sí, pero ¿quién no lo tiene en estos tiempos?

—¿Cotizaba a la Seguridad Social?

—¿Tenemos seguro?

—¿Seguro para quién?

—Para el becario.

Igual que una sordina siniestra, un tremor nervioso empieza a extenderse. En voz baja, hablan de las infernales cargas de trabajo, del malestar general, de las sistematizadas horas extras no remuneradas. Quien más quien menos conoce de primera mano la ansiedad, la depresión, el estrés, el síndrome del burnout... **Algún incauto menciona de pasada la evaluación de riesgos psicosociales como quien invoca a un unicornio.** Le hacen callar. Eso no existe aquí. Si el becario ha caído, de ningún modo puede ser responsabilidad de la empresa.

—Qué fatalidad.

—Este es un lugar seguro. —Aquí no existen riesgos.

—¿Sabemos algo del becario?

El miedo ha cambiado los rostros. El puesto de trabajo debe ser salvaguardado a toda costa, aun a expensas de la verdad. Se hace necesario disculpar a la empresa. A falta de cualquier política de prevención —¿quién las necesita en una maldita oficina? —, el discurso empieza a orbitar en torno al punto de vista de cada cual. Sálvese quien pueda. La realidad debe ser resignificada y de repente el becario ha tornado víctima y victimario, culpable de un montón de conjeturas que son arrojadas sobre él.

—Era un tipo raro.

—Estaba pálido.

—Seguro que se drogaba.

—Muy sospechoso, el becario.

Una médica forense llega y esboza una mueca de disgusto delante del cuerpo amoratado. La realidad parece filtrarse a través de una gasa cuando ordena el levantamiento del cadáver. Sus compañeros —es un eufemismo, el becario no tiene compañeros, ni sindicato, ni derechos laborales, por no tener no tiene ni nombre— agachan la mirada cuando lo cubren con una manta de color oro. No bien lo sacan en camilla, partícipes de una mezquindad compartida, todos regresan a sus puestos de trabajo. Lo hacen cabizbajos, en silencio, arrastrando los pies de manera pesada.

Sobre la oficina sobrevuela un desasosiego cómplice, la mente de cada cual un palacete oscurecido por las arañas de la culpa.

Un becario ha muerto.

**Mañana será reemplazado por otro.**